

TIRSO DE MOLINA (1584-1648)

*ELOGIOS Y VEJAMEN:
(A sus amigos)*

*A Miguel de León Soárez
(1621-1624)*

León, tu christiano celo
en útil razón de Estado
antídoto nos ha dado
contra el impío Maquiavelo.

Transplantaste a nuestro suelo
de Edén el árbol divino
y abriste a tu Rey camino,
si difícil hasta aquí,
ya tan fácil que por ti
es Español Belarmino.

*Al doctor Juan Pérez de Montalbán
(1624)*

Fruto das en vez de flor
en el abril de tus años,
para el cuerdo desengaños,
preceptos para el amor.

Prodigioso es el autor
que a tales prodigios llega,
mas si Manzanares riega
plantas de Apolo tributo,
qué mucho nos dé tal fruto
alimentado en su Vega.

Su memoria immortalizas,
porque cuando Fénix quede
todo fama, en ti se herede
el parto de sus cenizas.

Pues tu patria fertilizas,
escribe sutil y diestro

y ocasiona al siglo nuestro
que laureles te aperciba,
para que en ti eterna viva
la fama de tu Maestro.

A Juan Ruiz de Alarcón
(1623)

Don Cohombro de Alarcón,
un poeta entre dos platos,
cuyos versos los silbatos
temieron, y con razón,
escribió una Relación

de las fiestas, que sospecho
que, por no ser de provecho,
le han de poner entredicho,
porque es todo tan mal dicho
como el poeta mal hecho.

A Juan Pérez de Montalbán
(1624)

Mientras memorias renuevas
del hermano de Faetón,
no echen menos a Anfión
los griegos muros de Tebas,
cuando al Estigio te atrevas,

donde Eurídice suspira,
canta, suspende, y admira
y libre la sacarás,
en fe de que estima más
a tu pluma que a su lira.

A Jerónimo de Alcalá Yáñez y Ribera
(1621-1630)

Busque en tu ciencia divina
aforismos la virtud,
pues das, si al cuerpo salud,
a las almas medicina.

Dos borlas a su doctrina
celestial y humana ofreces,
que en fe que el nombre mereces,
que honrando tu sangre está,
eres al fin Alcalá
que en todas ciencias floreces.

Al Conde de Sástago
(1636)

Martialis ad Faustinum, Epigramma decimum, libri quarti
(Traducido por el Maestro Tirso a su Patrón el Conde de Sástago)

Agora que en tu puericia
saliste de balbuciente
y de la estampa reciente
te expones a la noticia,
corre a la afable caricia
del Conde, tu dueño caro,
y a la luz de Sol tan claro
hallen mis burlas sus veras,
porque envidien las primeras
de las quintas el Amparo.

A su patrocinio corre,
pero hágate compañía
(como a oferta inútil mía)
la esponja con que te borre,
que puesto que te socorre
(por ser más que tus renglones
tus faltas y imperfecciones)
poco la enmienda aprovecha
si no es que por todos echa
de una vez los algodones.

A la malograda muerte del Dr. Juan Pérez de Montalbán
(1639)

1

Manzanares, ya sosiega
en siempre alegre horizonte
la Aganipe de tu monte,
la Castalia de tu vega;

ya a mejor Apolo llega,
porque sea su arrebol
(si hasta aquí Plauto español
a quien hizo el Pindo salva)
Montalbán, monte de Alba,
tal Alba para tal Sol.

2

Águila, a la esfera suma
(si joven cisne primero
cantó en tu margen Homero)
voló con sola una pluma.

No temas que le consuma
la envidia, que no podrá,
si eternizándose está
(puesto que ausente de ti)
su Para todos aquí,
y él para todos allá.

Epitafio al Gran Condestable, para Rodrigo Méndez Silva
(1640)

Mármoles, eternizad
el prodigio que escondéis
con cuyo ejemplo admiréis
al valor y a la piedad.

Ésta y su felicidad
quitó a la patria el recelo;
dio nuevos héroes al cielo,
a la soberbia castigo,
diadema y reino a su amigo,
y un santo más al Carmelo.

A San Isidro Labrador
(1622)

Octavas

1

Agricultor divino, ¿qué aprovecha
que a costa de vigiliyas y desvelos,
cuando, esperáis colmada la cosecha,
sembráis amores, si os tributan celos?
¿Contra vos toca al arma la sospecha,
que derribáis Cherubes de los cielos?
¡Qué bravos deben ser para quien ama
celos que se apacientan en Jarama!

2

Pero hasta en ellos os llamad dichoso,
Isidro, pues que sois Alegoría
de aquel original santo y celoso,
Joseph mejor de la mejor María:
Labrador fue del grano misterioso
que en tierra virgen la paloma cría.
Labrador le imitáis como en desvelos,
él celoso inocente, y vos con celos.

3

El desengaño os llama (casto dueño),
satisfacción de vuestra ciega duda,
Ángeles vuestra esposa, el río sueño,
que en confirmado amor sospechas muda,
sobre Jarama aquesta vez risueño,
vestida la verdad, si antes desnuda,
lenguas desmiente y inocencias fragua,
la suya remitiendo a la del agua.

4

Regalos prevenid al recibilla,
si el manto barca su inocencia aprueba,
que el líquido cristal milagros brilla,
lauréala el honor, la Fe la lleva:
Dalda, Isidro, los brazos, que a la orilla
engaños desvanece, amor renueva,
pues satisfecho vos, y ella constante,
si niño fue el amor, será gigante.

Décimas

1

Mientras al Alba de Dios
suspense, Isidro, hacéis salva,
estrellas despeja el Alba,
y olvida a Menón por vos:
pero viéndoos a los dos,
vos Lucero y ella Aurora,
perlas ríe, que no llora.
Mas no mentiré, si digo
que esta vez derramó trigo
por ser con vos labradora.

2

Puesto que el Sol la da prisa,
por vos se detiene, santo,
y en vuestro devoto llanto
cuando os ve llora de risa:
las azucenas que pisa
os da apacible y serena,
música alada os ordena,
mientras que vos más suave
ave sois cantando el Ave
al Ave de la Almudena.

3

Para el curso presuroso
que en purpúreos globos gira,
imitándoos cuando os mira cuando
descuidado cuidadoso:
medra con vuestro reposo
la hacienda de vuestro Iván,
cuando quejas de vos dan,
que para sus granjerías
vos sembráis Ave Marías,
y él después las logra en pan.

4

La Aurora que ve bajar
del cielo, Isidro, por vos,
las huebras de dos en dos,
con ellas quisiera arar.
Mas si es su oficio alentar
rosas que el campo aprovecha,

siembre flores satisfecha,
y sembrad vos oraciones,
que al colmar de los montones
fértil tendréis la cosecha.

Loa al nacimiento del Príncipe de Asturias Baltasar Carlos
(1629)

Alégrese toda España,
Flandes, Milán y las Indias;
también se alegre Lisboa
con Saboya y Sicilia

porque la reina Isabel
después de los nueve días
que anduvo las estaciones,
tuvo parto de alegría.

A diecisiete de Octubre,
víspera de Evangelista,
a las seis de la mañana,
cuando ya Febo salía,

el Príncipe soberano,
hijo del Rey de Castilla,
regocijó toda España
¡y a todos los presos dicha!

Luego la siguiente noche,
por plazas, calles y esquinas
parecía Madrid cielo,
luces, música, armonías,

Duques, marqueses, señores,
repartidos en cuadrillas,
dos a dos, hubo carrera,
galán el que más podía.

Clarines y sacabuches,
trompetas y chirimías
repartieronse por plazas,
donde las fiestas se hacían.
Era la corte otra Troya
por el gran fuego que ardía
luminarias y cohetes,

mosquetes y artillería.

Los relojes y campanas
sueñas, tañen y repican,
que al eco de tanto ruido
mudos y sordos oían.

Unos buscaban sus capas,
mujeres sus mantellinas,
otras sus chapines buscan,
cayéndose de ir a prisa.

Segunda noche, del jueves,
por la orden de la Villa,
hubo máscara famosa
de una tramoya exquisita.

Nueve naciones diversas,
cada una con su insignia,
figuras de gran manera
provocando a todos risa.

Arpas, laúdes, vihuelas,
bandurrias, guitarras, cítaras,
violines y sonajas,
cascabeles, campanillas.

Iban cantando seis voces,
cuatro galanes, dos ninfas,
y otros tocaban adufes;
toda pandorga cumplida.

No es justo quede en silencio
lo que pasó el primer día
cuando nació el gran monarca,
es bien que se sepa y diga.

Hubo abierta puerta franca
a todos los que querían
besar la mano a su rey
prudente en sabiduría.

Miércoles, jueves y viernes
volvieron las noches días:
hachas, faroles y luces
casi la luz del sol privan.

Por el feliz parto alegre
los presos cantan y gritan,
que han de gozar del indulto
remedio de sus desdichas.

A veintiuno del dicho
cuatro comedias altivas
en público representan
por sus puestos repartidas.

A las cuatro de la tarde,
domingo en el mismo día,
salió el Rey, nuestro Señor,
a ver la imagen divina
de Atocha, a quien va a dar gracias
por las mercedes cumplidas,

con tanto acompañamiento,
toda grandeza excesiva,
desde Atocha hasta palacio
hubo colgaduras ricas.

Previénense grandes fiestas;
mi pluma y lengua se aliña
para decir lo demás
a los que aguardan que escriba...

VERSOS DE NOVELA CORTESANA

Niega mil veces arreo
y ninguna digas sí,
que cual tú te ves me vi
y te verás cual me veo.

Si hermosuras superiores
no sólo causan deseos,
mas en ceguedad forzosa
disculpan atrevimientos,

yo que a tanto cielo aspiro,
Señora, animoso llego.
Mas qué mucho, si la patria

es de la piedad el cielo.

Cuando amor me da sus alas
seguro al aire me entrego,
puesto que de tus castigos
me libran mis rendimientos.

Los celestiales enojos
y las venganzas se hicieron
para enfrenar arrogantes
y para domar soberbios.

Mas yo que humilde tus rayos,
sol hermoso, reverencio,
alumbraránme sus luces
perdonándome su incendio.

Yo merecí de tus ojos
no sé qué indicio ni sueño,
que el sol miró a mi esperanza
de trino en su nacimiento.

Mas, con todo, temeroso
vivo, cuando considero
que tantas dichas no están
libres de un triste suceso.

Y hasta que en lícito lazo
goce la gloria que espero,
me sobresaltan temores
y me acobardan respetos.

¡Cuándo tendrán, dueño mío,
mis esperanzas efecto,
sin que alcance la fortuna
sobre mis dichas imperio!

La mayor seguridad
no se escapa de recelo,
que como es niño Amor
tiene poco sufrimiento.

Si piadosas las estrellas
favorecen mis intentos,
y el laurel desta victoria
ceñir glorioso merezco,

sobre mi fe, a tu hermosura
levantaré firme templo
y en tus aras arderán
por víctima mis afectos.

Vive en tanto, amada mía,
vive en tanto que yo muero,
que en tus rayos, como el fénix,
espero vivir de nuevo.

Ardo amando, y ocultar
tan crecido ardor no puedo,
cuando el respeto o el miedo
no se atreven a explicar.

En este turbado mar
no acierto cuál norte siga:
por una parte me obliga
a callar el temor feo,
por otra parte el deseo
me persuade a que lo diga.

Tal vez la vista consiento
a vuestras luces, sol mío.
Tal, un suspiro os envío
entre las alas del viento.

Mas deste mudo lamento,
que del alma embajador
va a aprobar vuestro rigor,
vista y suspiro atrevido
condeno, y arrepentido
enmudece y ciega amor.

Pero ya sin esperar
remedio, y aún sin vivir
mi muerte os quiero decir,
mi amor os quiero callar.

Y no os pretendo obligar,
que quien por veros murió
en la vida que perdió
halló su felicidad.
Y así, Señora, piedad
os pido, que premio no.

Que la sintáis sólo quiere
mi pena para su alivio,
que un sentimiento, aunque tibio,
se le debe a quien se muere.

Mas ni estas honras espere
mi muerte, que aunque miréis
la herida, no la creeréis,
porque dudáis, ¡oh rigor!,
los efectos del amor,
como no le conocéis.

De aquel joven generoso
cantar quiere mi Talía,
de aquél a quien con más miedo
que rayos Júpiter mira.

De aquél que en Córdoba el coso
rubricó de fiera tinta,
donde sepultó los fresnos,
donde arrojó la capilla.

De aquel Pedro, heroico hijo
de Castilla, a quien estima
tanto, que en señal de amor
de su nombre se apellida.

Entró gallardo en la plaza,
robusto Adonis que libra
el aliño del afecto
y el descuido de la risa.

Después que en rompidos fresnos
cubrió la arena de astillas
y graduó de destreza
tanta suerte repetida,

como undosa línea ardiente
que airado Júpiter vibra,
para experiencias del joven,
un toro la plaza pisa.

Sino fue, por deslucirle,
de la fortuna ojeriza,
contingencias de los astros

y de los hados envidias.

Siniestro acomete el bruto,
y lo que hicieran sus iras
en un risco en el caballo
obraron ejecutivas.

Cayó, aunque herido animoso,
y adherente a su rüina,
intrépido, aunque enojado,
siguió el jinete la silla.

A la violencia del riesgo,
previniendo esta desdicha,
la tumba se estremeció
de Valladolid la rica.

Prosigue el bruto el destrozo
y atropella cuanto mira
que te afecta, que aquí el golpe
giró en los demás la vista.

Hasta que, cobrado, el joven
dio a entender que la caída
para darle nuevos bríos
fue de la tierra caricia.

Tiñe en purpúreo veneno
la ardiente espada. Y la herida
de coral inunda el coso
que, pródiga, desperdicia.

A más aplauso la fiera
cayó que la que fue grima
de Calidonia y despojo
envidioso de la ninfa.

En los riesgos la virtud
más gloriosa se examina,
que la suerte y el valor
dos cosas son muy distintas.

La destreza y el denuedo
viven donde más peligran,
que poco medran los bríos
a la sombra de la dicha.

Ansí el héroe cuantas fieras
sellan la arena atrevidas
diestro asalta, fuerte hiere,
y poderoso castiga.

Pocas, que huyendo del rayo
de su diestra vengativa,
a otros aciertos largó
su desprecio o cortesía.

Vive, pues, Garzón heroico
y a estos ensayos se sigan
victorias de mayor Marte,
que tus ardores te inspiran:

tantas que a tu mano deba
España nuevas provincias
que a la más hermosa planta
que huella la tierra rindas.

De tus mudanzas aprende
de la fortuna la rueda,
ciego Amor, que en ser inestable
solamente perseveras.

¡Quién no esperara, segura,
eterna correspondencia
de un amor que confirmó
el tiempo con tantas prendas!

La mudanza de los hombres
todo respecto atropella
y el nudo que ata las almas
al primer golpe le quiebra.

No es posible, que obligados
de Amor su inconstancia templan,
que ninguno quiere bien
cuando aborrecer desea.

Solícitas ocasiones
con fingidas apariencias
no es amor, sino pagar
contra su gusto una deuda.

¡Qué mal tus ingratitudes
disculpas con tu nobleza!
Que los nobles sólo en ser
agradecidos lo muestran.

De noble traje disfrazas
tu olvido y quieres que sean
en la muerte que me das
cómplices mis conveniencias.

Llamas lisonja al agravio
y sacrificio a la ofensa
y acaso nuevo deseo
te saca de mi carena.

Bien mereciste que yo
tus consejos obedezca,
si me quieres, por pagarte:
por vengarme, si me dejas.

Mas como sé que en amor
qualquier venganza es ofensa,
despido las ocasiones
en que pudiera tenerla.

En mis desdichas estimo
que tan poca razón tengas,
que opuesta a tu ingratitud
lucirán más mis finezas.

Y enseñará mi ofendido
amor, en cana experiencia,
que un hombre no lo parece
y hay mujer que no lo sea.

Con lágrimas y suspiros
mezcló Lisis estas quejas.
Y serenando sus ojos
pobló el aire desta letra:

Mi firmeza, ingrato, tu olvido afrenta
y tu olvido es el lauro de mi firmeza.

Si queréis vivir, pastores,
Dios os libre de Luzinda,
que es un sabroso veneno

que se bebe por la vista.

Nuevas muertes ha inventado,
pues no mata a quien la mira,
y quiere, por dar más pena,
que quien la mirare viva.

Es un acíbar dorado,
de suerte que con su risa
no tienen que ver los riesgos
de las más sangrientes iras.

Tanto se precia de ingrata,
tanto blasona de esquivada,
como si piedra naciera
de aquestos peñascos hija.

Ayer le dije mis ansias
junto a aquella fuente fría,
encendiendo sus cristales
y haciendo brasas sus guijas.

Respondióme que era fuerza
el no ser agradecida.
Cobarde fue el desengaño,
pues no me quitó la vida.

¿Quién vio tal rigor, zagales?
¿Quién padeció tal desdicha,
que siendo fuerza que muera,
la muerte no me permitan?

¡Como si en blando decoro
no tuviese amor caricias
que dejasen del honor
las sagradas aras limpias!

Ingrata ha de ser por fuerza
la que por fuerza me obliga
a que a su yugo soberbio
mi cerviz humilde rinda.

Aquí yacen los deseos,
aquí murió la porfía,
con estos hielos perecen
mis esperanzas marchitas.

¡Ay, qué dolor, pastores, ay que muero
cuando es airado el Sol e ingrato el cielo!

COPLAS

De no hallar en mis amores
el número de mi mesa
sabe Dios cuánto me pesa.

Cuéstame hartos desvelos
celos bastardos, mal nacidos celos.

No soy carne ni pescado,
y aunque mi sazón es corta
sé muy bien lo que me importa.

Mi gusto aprendió en Toscana,
pues hallo el arte de amar
en el tropo variar.

Peor que el diablo soy si me resuelvo,
pues a puerta cerrada aún no me vuelvo.

Cúpome el número sexto,
mas yo he sido tan fiel
que jamás me acusé de él.

Puesto que no hay más que ver
en lo que llevo a mirar,
aún hay más que desear.

Para la flecha de amor,
aunque aguda y penetrante,
tengo el pecho de diamante.

Aunque en orden a limpieza
todos dirán en mi abono
mejor cuelo que jabono.

No lloréis, ojos hermosos,
no lloréis.
Podrá ser que os engañéis.

Sin pundonor, sin melindres,
sin desdenes, vengo a ser
don calla a más no poder.

TRIUNFO DE AMOR

Fuga

Hagan plaza, den entrada,
que viene triunfando Amor
de una batalla mortal
en que ha sido vencedor.

Romance

Una soberbia hermosura
armas contra Amor previene,
por huir del dulce yugo
que ha domado tantas frentes.

Con los rayos de sus ojos
al sol venció muchas veces,
y con victorias tan grandes
bien pudo desvanecerse.

Y viendo al Amor desnudo
persuadióse fácilmente
que de los más flacos bríos
no pudiera defenderse.

Que no es posible que haya
en denudez tan patente
herida que al tierno niño
dolor o sangre no cueste.

Tuvo por vanas sus flechas,
que como es ciego parece
que sólo del aire vago
serán cometas lucientes.

Pues una vez que le hirieron
fue tan sin riesgo, que en breve
aun no quedó en la memoria
señal que la herida acuerde.

Presentóle la batalla,
mas con halago valiente
el niño dios resistía
sin amenazas crueles.

Y en vez de bronces bastardos
hace que en su campo suene
dulce voz, que la victoria
le previno desta suerte:
Desarmado y ciego, Amor
vencerá mejor.

Corrióse de su arrogancia
la hermosísima rebelde
y al honor pone en el campo
que le venza y atropelle.

¡Qué dura fue la batalla!
Mas el honor tuvo siempre
la desdicha de inclinarse,
y un niño entonces le vence.

Retirándose el recato,
más que cobarde, prudente
lidiaba, pero no pudo
en una ocasión valerse.

Acometiéronle juntos
una tropa de desdenes,
mas del honor rebatidos
unos huyen y otros mueren.

Ya está cerca de rendida
la bella airada, ya teme,
ya se defiende sin brío,
mas con todo se defiende.

Su entendimiento animoso
al duro combate viene,
mas cegóse con el humo
del fuego que Amor enciende.

Del respecto acompañada
la libertad te acomete.
Vino Amor con ella a brazos

y rindiósele obediente.

Vencida llora la ingrata
y sobre una alfombra verde
vertió por lágrimas perlas,
pero dulcísicamente.

Con tan preciosa victoria,
Amor ufano y alegre
manda que en dulce armonía
su gloria y triunfo celebren:

Desarmado y ciego, Amor
vencerá mejor.

Santa María de Cervellón
(1640)

Canción real al nacimiento de nuestra Santa Niña María de Cervellón

¡Venus Diva y estrella
que del Sol precursora
vuela, porque el hospicio le aperciba
y luego, como él bella,
le sigue y enamora
cuando la noche de su luz nos priva!

No siempre fue lasciva
con Adonis, Mercurio, ni con Marte,
que el docto en cuatro Venus las reparte
(si a Cicerón creemos):
la una, hija del cielo y claro día,
tan limpios sus extremos
que fundó a la Pureza Monarquía,
pues no toda belleza
estableció su amor en la torpeza.

De Júpiter y Juno
otra Venus procede,
Madre de Antheros, de Vulcano esposa
cuyo incendio importuno
hace que Marte quede
en la red afrentado marañosa.
La nacarada rosa
(efímera Monarca de jardines)

al pie lascivo le bebió carmines
y se volvió escarlata,
cuando, celoso, el bruto Adonicida
purpureó su plata,
progenitora desta flor la herida
que duplicó dolores
de sangre al pie, y al corazón de ardores.

En Asia la tercera
tuvo por padre a Ciro,
venerada con título de Astarte;
aquella que ramera
fue de Sidón y Tiro
cuando inventó a la infamia tan vil arte:
la que erigió estandarte
contra la pudicia triunfadora,
y con las meretrices hebreas llora
de el adúltero muerto
las abominaciones que describe
(oráculo el desierto)
Eccequiel que en cautiverio vive,
por cuya idolatría
vaga Jacob hasta el presente día.

La última (que en Samma
a las demás infama,
y el nombre les usurpa deshonesto)
fue hija de la espuma
y Aphrodite se llama,
concha su cuna, al mar de Chipre expuesta.
Nació Cupido de ésta
y fue su padre el Dios del caduceo,
ídolo mercader, porque el empleo
de su violencia ingrata
sin interés se entibia, y con él crece;
y amor que estriba en plata
el título que usurpa desmerece,
porque amor bien nacido
consiste en querer sólo y ser querido.

Aquella, pues, primera
(que engendra el cielo y día,
Virgen, que eterna integridad blasona)
es a la que hoy venera
con nombre de María
por su hija y su Madre Barcelona.

Cándida la corona
(no la flor que del pie de Venus leve
en torpe sangre estímulos le bebe),
corona sí, que amena
la feria el Paraíso
de el cándido jazmín y la azucena,
sin admirar la rosa ni el narciso,
aquéllas sí, que bellas
pide la Esposa, desmayada entre ellas.

Si el reino de Amphitrite
a la espumosa Diva
con sacrificios obligar procura,
María (no Aphrodite,
ni en la concha lasciva)
del mar las tempestades asegura,
estrella en la hermosura
cuando peligran naves españolas,
sólidas a sus plantas son las olas
mientras sus vidrios pisa,
pues siendo árbol el brazo, el manto vela,
serena el golfo, y vuelto el llanto en risa,
mientras cristales vuela
trae el bajel a jorro,
porque es, en fin, María del Socorro.

Profanó la torpeza
el nombre y la eficacia
de la virtud (que Venus significa
Deidad de la belleza,
del deleite y la Gracia,
que en lo honesto quilates multiplica).
A ésta, pues, se dedica
hoy mi Helicon, a ésta aplausos hace,
pues el común socorro en ella hoy nace;
Venus por lo venusto,
por lo intacto y lo cándido Diana,
su esposo Dios Augusto;
blasón de la nobleza catalana,
que duplica coronas
con Eulalia y María, sus Patronas.

Endechas

Niña de mis ojos,

que risueña y linda,
jardín de deleites,
sois Madre, y sois niña.

Según lo que os amo
por vos dejaría
a mi señor Padre,
y a mi Madre misma.

Bien sabéis vos, Reina,
que como yo os sirva
y os tenga presente
no quiero más vida.

En vos y el tamaño
que tierno me mira,
que Dios me enamora,
que Infante me hechiza,

reparto yo el alma,
mas ¡qué maravilla,
si sale congojas,
si vuelve, alegrías!

Su ausencia me enferma,
mi gloria es su vista,
sus ojos, mis soles,
mis perlas su risa.

Si duermo, en el sueño,
si velo, en él libra
todos sus regalos
la fe de mis dichas.

Váyanse las fiestas
a jugar las niñas
de los otros barrios,
en oyendo misa,

al campo y los huertos,
cuando las convidan
entre cuadros verdes
macetas floridas.

Borden sus guedejas
las rosas que enriza

el sol cuando nace
y él mismo marchita.

Tejan en guirnaldas
el azahar que ciñan
moradas violetas,
retama amarilla,

clavel de escarlata,
azul escobilla,
el jazmín de nieve
y la flor narcisa.

Que yo, en vos amores,
cuanto Abril matiza
ramillete eterno
todo lo hallo en cifra.

Flor sois de los campos,
azucena limpia,
rosa en nieve y grana
humana y divina;

flor de los naranjos
que ámbar espira,
azar al soberbio,
suerte al que se humilla.

Violeta amorosa
de dolor vestida,
pues tantos os dieron
culpas que os lastiman.

Retama en lo amargo,
o a lo menos mirra,
pues los labios vuestros
por mí la destilan.

Clavel todo sangre,
con que fertiliza
por cinco mil fuentes
nuestra Fe sus quintas.

Todo azul celeste
pues no facilita
vuestro ser eterno

celestiales sillas.

Jazmín que, trepando
por la cruz arriba,
escaláis triunfante
la ciudad Impírea.

Narciso en amores,
pues viendo esculpida
en la fuente humana
vuestra imagen viva,

para recobrarla,
para redimirla
nafragáis los golfos
de nuestra malicia.

Deleyten muñecas
de tiernas puericias
en las de mis años
muñecas que finjan,

adornen de telas
figuras mentiras,
y en burlas ensayen
verdades que imitan,

que yo (virgen alba,
corona del día),
yo (Jesús de perlas,
panal de mi almíbar),

en ambos mejoro
pueriles delicias
de juegos amantes
que más regocijan.

Aquí mis recreos,
aquí mis caricias,
sabrosos instantes
las noches prolijas.

Pues si esto (mis dueños)
es verdad sencilla
y amáis las finezas
de un alma (aunque indigna),

¿por qué vos, Cordero
que pecados quita,
por qué vos, oveja
de leche virgínea,

con otros Infantes
acciones más finas,
mayores regalos,
y más maravillas?

¿Es bien (Jesús bello),
es justo (mi linda)
que un monje inocente
me abraza de envidias?

Pero, ay (caras prendas)
mi amor desatina,
justo es ese extremo,
pues sois la justicia.

El mérito todo,
mi fe sin estima,
él os amó, ardiente,
yo os adoro tibia.

¿De qué, pues, me quejo?
Él oro, yo alquimia,
fuego él, y yo yelos,
yo llantos, él dichas.

Leyóme mi Madre
que todos los días
haciéndoos el plato
su pobre comida,

bajabais alegres,
brotándoos la risa
por ojos y labios,
y en su compañía

su fácil merienda
en vos verifica,
que todo os sazona
si amor os lo guisa.

Allá os lo llevaste,
que ¡bien que desquita
los costes del plato!
Mis celos lo digan.

Manjar vos eterno
que nunca fastidia
comiéndooos el alma,
bebiéndooos la vista.

Hartura con hambre,
que en fe de infinita
ni la una se acaba
ni la otra se priva.

Manjar vos eterno
que nunca fastidia
comiéndooos el alma,
bebiéndooos la vista.

Hartura con hambre,
que en fe de infinita
ni la una se acaba
ni la otra se priva.

Yo (mi Dios de amores)
hasta aquí creía
que vuestros retratos
sólo eran noticias,

de lo vivo de ellos
sombras que nos pintan
(para estimularnos)
la luz de allá arriba;

no con vida y alma,
no, que necesitan
groseros manjares
que cuerpos animan.

Lo mismo creo ahora,
la fe me lo afirma,
por más que milagros
me lo contradigan.

Yo sé (el mi agradable)

que es vuestra comida
corazones solos
que se os sacrifican.

La sal es el llanto,
amor los aliña,
el Alma es la mesa,
si está pura y limpia.

Bajad, pues, (mi amante),
sentaos en la silla
que os dan mis afectos,
que amor todo es prisa;

cenaos en el pecho
de esta corderilla
(oh sacre celeste),
su amor os le trincha

un alma tan tierna;
os da la fe mía
cuanto por mis ojos
veis que se distila.

Poned vos la gracia,
que es sal que sublima
para vos las presas
que están desabridas;

y luego llevadme,
con vos siempre unida,
donde eterno os gocen
eternas mis dichas.

Soneto

Virgen, intacto el árbol de la vida
para Dios reservado solamente,
aun no le mereció el primer viviente
por el Querub su puerta defendida.

Con fruto virginal siempre florida
María, vital planta, y Dios su fuente,
en grado superior más eminente
para virtud universal nacida.

A su Dios reservados sus amores
tan solamente a Dios pagó tributo,
puesto que a todos les ferió sabores.

Árbol de vida, en fin, siempre incorrupto
que eternizando el fructo entre las flores
fue, cuando almendro en flor, moral en fructo.

Décimas

¿Cómo (dueño esclarecido,
dulce paz de mis desvelos)
si me amáis, no tenéis celos
de riesgos que habéis oído?
¿Vos del hombre competido?
¡Frenético opositor,
la criatura del Criador!
Advertid (mi Bien) que escucho
decir que no quiere mucho
quien sin ellos tiene amor.

¿Podrán creer mis simplezas
que si en la sustancia y modos
vuestro amor excede a todos
os falten estas finezas?
¡Qué extremos, qué gentilezas,
qué primores, qué paseos,
no debo a vuestros deseos
para aliviar mis pesares!
La Esposa de los cantares
nos pinta vuestros empleos.

Bien sé yo que desvelado
las noches que el sol ignora
desde el ocaso al aurora
todo amor, todo cuidado,
dulces músicas la han dado
vuestras melifluas canciones,
y que os oyó a los balcones
de sus castos pensamientos
mil amorosos acentos
de tiernas inspiraciones.

Bien sé yo cuán liberal

(si dádivas enternecen)
las vuestras dones la ofrecen
dignas de ánimo tan real.
¿Qué imperio tendrá caudal
que baste a labrarla hospicio
de tan augusto edificio,
que en las cercas que dilata
los adarves sean de plata
y del cielo su artificio?

De oro y cedro son las puertas
con mil relieves labradas,
a lo caduco cerradas
y a sólo lo eterno abiertas.
Láminas tienen cubiertas
del Rey metal los salones,
cuyos bellos artesones
tapete de vuestros pies,
el cedro adorna y ciprés,
exemptos de corrupciones.

¡Qué joyas no la habéis dado,
si sois Dios, porque sois dar,
el misterioso Collar
lo diga todo esmaltado,
donde la plata ha nevado
gusanillos sobre el oro,
en que hombre y Dios os adoro,
porque con tales cohechos
joyel pendáis de sus pechos,
vos mismo amante y tesoro!

¡Qué ternuras no os ha oído!
¿Dos veces no la llamáis
hermosa? ¿No comparáis
(¡ay Bien del alma querido!)
los ojos que os han herido
a los que el cándido vuelo
de la paloma de suelo
son del pensamiento humano,
porque al picar cada grano
los pone siempre en el cielo?

¿No decís ser la beldad
de sus rizos y guedejas
las de las rubias ovejas

que esquilma el monte Galaad?
¿No encarecéis la igualdad
de sus dientes a la plata
que en lana el cristal dilata
de los raudales hermosos,
y sus labios amorosos
a una cinta de escarlata?

Los rubís de la granada
retratáis en sus mejillas,
que rey os preciáis vestillas
de púrpura coronada.
Torre de David nevada,
marfil de eterno candor,
llama al cuello vuestro amor,
y a los pechos puros ampos,
cabritillos que en los campos
pacen la azucena en flor.

¡Misterioso comparar
de tal dueño a tal esposa,
pues la halláis tanto de hermosa
que no la ofende un lunar!
Llegáisla pródigo a dar
fragancias que el prado exhala,
y en fe de lo que os regala
su vista rayo (y vos cera),
la vestís de primavera,
toda hechizo y toda gala.

Pues siendo estas certidumbres
(mi Dios) de tanta evidencia,
¿cómo amáis, y en competencia
celos no os dan pesadumbres?
¿Creeré yo (ni aún en vislumbres)
que su incendio no os tocó?
No, dulce bien, eso no,
que a vos mismo, aún en los cielos,
nombre os dais de Dios de celos
y así Moisés os llamó.

¡Como si vuestras finezas
las hubiera yo ignorado,
sin conocer el cuidado
en que os ponen mis tibiezas!
¡Como si las extrañezas

de mis vanos desperdicios
(ciega a vuestros beneficios)
no advirtieran vuestro amor,
cada noche acechador
por cancelos y resquicios!

¡Como si yo no escuchara
de vuestras ansias las quejas
en mi calle y a mis rejas
cuando os escondo la cara!
¡Como si no comparara
vuestro sentimiento tierno
(¡ay, enamorado eterno!)
cuando os hago padecer,
a la muerte el bien querer,
los celos al mismo infierno!

Acechar noches y días,
¿y sin celosos desvelos?
No (bien mío), que los celos
inventaron celosías.
¿Sufriréis vos demasías
de los que cuidado os dan?
Mirad, Divino Galán,
no os pregunte mi tristeza:
¿Qué es de vuestra fortaleza?

Acordaos (dulce bien mío)
de que a mis puertas llamando
por mí os estaba escarchando
los cabellos el rocío.
De que a la nieve y al frío
ternezas os escuchaba,
porque aún durmiendo velaba
mi corazón y decía:

La voz de la prenda mía
me está llamando al aldaba.
¿Pues cómo agora, mi dueño,
en tan apretado empeño,
en trance tan peligroso,
no os defendéis, cuidadoso,
de caducos pretendientes
que solicitan parientes,
posponiendo su locura
al Criador por la criatura,

al piélago por sus fuentes?

¿Yo a yugo mortal sujeta
que todo lo necesita?
¿Flor que a un achaque marchita,
pluma que al viento se inquieta?
¿Yo blanco de la saeta
del deleite sensitivo,
dando a viudeces motivo?
Eso no (amoroso Dios),
que no hay enviudar con vos,
siempre joven, siempre vivo.

La criatura (comparada
con vos), por más que presuma,
¿es más que sombra, que espuma,
que humo, que átomo, que nada?
Unida yo y enlazada,
reciprocados los dos,
¿no soy lo mismo que vos?
¿Pues no es bárbara locura
ser nada con la criatura,
si con Dios puedo ser Dios?

Tan presumidos alientos
en mí vuestro amor sublima,
que hacen baja desestima
de los solios opulentos.
Tan altos mis pensamientos
mi espíritu ha remontado
(después que el alma os he dado
siendo con vos una cosa),
que negara ser esposa
del querub más encumbrado.

Esparcen las nubes rotas
gotas al mar sin cesar,
mas mezcladas con el mar
ya son mar, que no son gotas.
De este modo (aunque remotas)
sin vos son las almas nada.
Pero esta nada mezclada,
infinito mar, con vos,
si eran nada, ya son Dios,
cada una en vos transformada.

Nada el humano poder
que intenta su frenesí,
nada (mi Dios) soy en mí.
Dios con vos pretendo ser.
No hay qué amar, no hay qué querer
si no es a vos (prenda amada).
En vos estoy endiosada,
toda en vos, nada sin vos:
y si así la nada es Dios,
(dulce Dueño) y Dios, y nada.

FIN